

Panamá a orillas del cine

POR FLOREAL PELEATO

Una mera visita al Museo del Canal da fe de los westerns del istmo, de los frescos políticos, de las películas de aventuras, de las sagas familiares, de los mosaicos históricos, de los ensayos donde colindan la ficción y el documental atesorados en la historia de Panamá. Hasta donde yo sé, y puedo estar equivocado, no se han filmado. Unos dirán que no existen los medios económicos adecuados, otros que Panamá es un lugar de paso condenado a ser una tierra baldía, que la influencia norteamericana pesa demasiado, o, lo que es peor, que quizá escasea el talento, pero tengo para mí que no basta el talento. Lo cohibe la convicción de ser olvidado y no recibir la consideración merecida lo cual genera una actitud de repliegue antes que de apertura, y lo puede vencer el desánimo, en Panamá y en cualquier otro país. Ser español y haber animado en agosto dos talleres de iniciación a la escritura de guión en Ciudad de Panamá me expone al escepticismo teñido de desconfianza. ¿Qué sabrá él sobre nuestro país si apenas ha permanecido unos días? ¿Acaso viene a darnos lecciones? No, trato de

comprender cuáles son las dificultades y oportunidades más inmediatas porque era notable en los participantes su deseo de contribuir a la emergencia de películas panameñas.

Cuando guionistas, directores y productores desarrollen proyectos al amparo de una ley de cine que fortalezca la incipiente actividad cinematográfica, cuando se cree un instituto de cinematografía, cuando inversores públicos y privados – patrocinadores si la palabra gusta más – apoyen la producción, cuando se consolide la exhibición en salas de cine, cuando espacios televisivos, radiofónicos, en la prensa escrita y digital sean dedicados al cine – no me refiero a reseñas sino a artículos –, cuando se formen más los profesionales, cuando se potencien las coproducciones, entonces podrá brotar el talento. Si bien el talento excepcional despunta hasta en situaciones adversas, los demás necesitan apoyo para descollar.

¿Significa que quienes se quieran dedicar al cine en Panamá deban esperar el maná del cielo? No, han de surcar su camino ahora, a pesar de los pesares. No faltarán errores y no

puede ser de otra manera en un país donde no hay tradición cinematográfica. Es difícil e imprescindible escapar a la impronta televisiva así como a la repetición de esquemas narrativos manidos. Ciertamente, la educación estética y ética de la mirada se fragua desde la infancia pero la edad adulta también nos proporciona revelaciones, no por tardías menos decisivas. Tampoco faltarán aciertos y vocaciones firmes de “locos” parecidos a Roberto Rossellini que vendió sus muebles para financiar *Roma, ciudad abierta* o a Francis Ford Coppola que se lanzó a la ventura con Zoetrope Studios y ganó dinero que luego perdió. Bienvenidos sean los “locos” panameños, aún a sabiendas de que algunos, sólo algunos, conseguirán el éxito artístico y tal vez la aprobación por parte del público y de la crítica.

En los años cincuenta le preguntaron a un magnate de Hollywood productor de un ramillete de películas exitosas, creo que a David O Selznick, cuál era el secreto del éxito. “No lo sé, contestó, pero sí conozco el del fracaso: intentar agradar a todos.” ¿Qué se espera de autores cinematográficos

panameños? No lo sé, pero sí sé que están abocados al fracaso los remedos de cine “americano”, las endebles superproducciones carentes de aliento, los cócteles tropicales, los dramas truculentos, las comedias de usar y tirar deudoras de estructuras y ritmos televisivos, las oportunistas – casi siempre fallidas – adaptaciones de éxitos editoriales en lugar de apostar por el auténtico acervo. Esto es intentar agradar a todos. Otros países latinoamericanos – ¿o conviene escribir iberoamericanos, hispanoamericanos? – lo han intentando en vano. Serán por el contrario recordadas aquellas películas donde los personajes sean nuestros semejantes, donde la forma sea una apuesta coherente con el propósito, donde se capte el latido de un país, donde guión, interpretación y dirección atrapen al espectador, sin ingenio quizá pero con honestidad y hondura.

Como creo mucho más en los autores que en las cinematografías puedo imaginar a un guionista o a un director panameño cuya constelación cinematográfica sea compuesta por artistas japoneses, rusos o italianos. ¿Por qué no? ¿No fue determinante para Juan Rulfo la lectura de autores escandinavos? ¿Esto impidió que el escritor de Jalisco creara una obra a la vez mexicana y de alcance universal? Miguel Torga atina al escribir que lo universal es lo “local menos las paredes”(1). No confundamos lo local con el localismo que tantas veces debilita ciertas películas. Hoy día nos conmueven películas iraníes, rumanas, surcoreanas, chinas y argentinas porque su potencial dramático traspasa por fortuna las limitaciones presupuestarias.

Lo mismo sucederá en Panamá cuando paulatinamente se cree una cadena ininterrumpida de transmisión, es decir, una tradición. Ayudarán el intercambio y la formación pero tendrán más peso la intuición y la sed de descubrimiento. Le preguntaron al

guionista Jean-Claude Carrière qué diferencia establecía entre el saber y el conocimiento y contestó: “Marguerite Duras decía que el saber era lo que hemos aprendido en la escuela y el conocimiento lo que aprendemos por nuestra cuenta. El conocimiento sólo puede añadirse al saber. Permite disponer del saber y no convertirse en su esclavo.” (2) Añade que si queremos esmerarnos en un campo no tenemos tiempo de conocer otros. Y remata: “Lo importante no es el saber o el conocimiento que se posea. Lo importante es la *prajna*, es decir, la aptitud para aprenderlos. La fuerza que nos conduce al fondo de las cosas.” No puedo sino desearles a los que hagan películas panameñas esta constancia rigurosa que permite llegar al fondo, porque a lo largo de una vida unos se limitan a acaudalar y pulir el saber heredado, otros, muchos menos a mi juicio, potencian el conocimiento hasta agotar sus fuerzas en pos de una mayor comprensión de cuanto nos rodea. Y placer, también les deseo mucho placer. Pues bien, aun cuando la formación sea en Panamá un estímulo notable, el paso decisivo dependerá de los hallazgos personales alejados de las modas. Hallazgos, que no búsquedas, pues algunos, autoproclamados artistas, dedican su vida a buscar, cuando otros, estos sí dotados de talento, hallan expresiones, bellas, profundas, turbadoras o terribles.

Quisiera destacar dos actitudes extremas que dañan la labor creativa. Por una parte, la creencia en que basta un talento asilvestrado para construir una obra digna de encomio. No es cierto, cuántos guionistas, directores, actores, productores y técnicos fallan por menospreciar el valioso legado que nos brinda la historia del cine. Las películas espejean entre sí, los libros conversan con libros y los sueños de sueños se alimentan. No es por desgracia infrecuente que la ignorancia

le dé la mano a la arrogancia. Otros callan lo conocido por coquetería, así tratan de concederse a sí mismos una importancia que no tienen. No saber no es un obstáculo, más bien es una oportunidad si sabemos escuchar y aprendemos a desbrozar, a cuestionar los cánones. Recuerdo que una persona que imparte clases de historia del cine me habló doctamente de *Ciudadano Kane*, indicándome, como si recitara un manual y si yo fuera un alumno suyo, la novedad del flash-back en su estructura “moderna”. Sin negar la importancia de la obra de Welles creo necesario, si queremos comprender la historia del cine, rastrear filiaciones en películas más antiguas y menos aclamadas. Dicho docente desconocía por cierto *The power and the glory* de William K. Howard, con guión de Preston Sturges, *El presidente*, la primera película de Dreyer (¡De 1918!) y apenas hacía caso de Sacha Guitry con respecto al empleo de la voz en off. Resulta tan penoso repetir hasta la saciedad la misma lección como encumbrar sin ton ni son la última película premiada en un festival considerado vanguardista. Es obligación nuestra reevaluar el canon oficial y los espectadores panameños deben discernir lo que les ayuda a ser mejores guionistas, directores, productores y actores.

Por otra parte, recuerdo haber leído hace muchos años *El negro del Narcissus* cuyo prefacio empieza por las siguientes palabras: “Una obra que aspire, por humildemente que sea, a la condición de artística debería llevar su justificación en cada uno de sus renglones.” Tamaño compromiso, rayano en el sacerdocio, puede inhibir; pocos tienen el arrojo y el genio de Joseph Conrad. Paradoja: un exceso de exigencia impide el destello y merma la confianza, aprisiona la libertad cuando hemos de aprender a ser libres para hacer algo que merezca ser compartido.